

CONTESTACION

DEL EXCMO. SR. DON MODESTO LOPEZ UTERO

SEÑORES ACADEMICOS:

Los años, muchos años, de gratísima convivencia con vosotros me han permitido la honrosa misión de recibir, en vuestro nombre, a compañeros de profesión certeramente elegidos para compartir nuestras tareas. Florez y Muguruza primero; Cort y Yarnoz después; y ahora Pascual Bravo, quien además de amigo muy querido, como los otros, es mi colaborador en el diario trabajo de la obra y de la oficina y participa conmigo de las satisfacciones y contrariedades de la enseñanza. Por esta razón tengo motivo para aseguraros que pocas veces se habrán reunido en un arquitecto, como lo están en el nuevo académico, dotes extraordinarias de fácil inventiva y de realización competente y escrupulosa, que autorizan a calificarle de "arquitecto completo". Además será un compañero prudente y laborioso, de inmensa utilidad para la tarea corporativa. Y, además, un hombre bueno, cortés y leal, lo que también es importante.

Viene Bravo a continuar la serie de académicos profesores dedicados a la enseñanza de la arquitectura. Ocupa el lugar de Muguruza, cuya pérdida todavía lamentamos; como éste ocupó el de aquel inolvidable "San Manuel Zabala", según le denominaban sus discípulos, y éste a su vez, el de Fernández Casanova. ¡Serie feliz de maestros de varias generaciones, que han honrado tanto a la Escuela como a la Academia!.....

Nuestro nuevo compañero inició su vocación en el hogar. Su padre, Don Julio Bravo, fué un excelente arquitecto que compartió con Magdalena, Navarro y La Figuera, la arquitectura zaragozana de principios de siglo. Cuando ingresó en la Escuela de Madrid, su formación estaba, pues, cuidadosamente anticipada. Inmediatamente se distinguió como excepcional alumno, manteniendo

su puesto preferente en todos los cursos y mereciendo en la re-
válida la mas alta calificación. Tambien fuera de la Escuela, se
reconocieron sus méritos al otorgarle la Sociedad Central de Ar-
quitectos el primer premio en un concurso celebrado entre estu-
diantes de final de carrera.

Su labor profesional comienza despues de ese periodo de ayu-
dantía cerca de un arquitecto en funciones que completa, casi s-
iempre, la formación escolar mediante la práctica. En nuestro
caso ese maestro fué don Antonio Palacios, buen catador de ta-
lentos, quien conservó toda su vida la fé en el de su joven cola-
borador, legándole al morir -legado difícil y comprometido- la
obra ingente del Santuario de la Gran Promesa en Valladolid, asi
como todo su trabajo particular, pendiente de ejecución al desa-
parecer el insigne académico.

De los primeros años de aquella labor es el pabellón de Es-
paña en la Exposición de Artes Decorativas de París (1925), que
mereció del gobierno francés la Cruz de la Legión de Honor para
su arquitecto. No menos bello fué el pabellón aragonés en la ex-
posición Ibero-Americana de Sevilla (1929), y asi pudiera seguir
enumerando, en prolija relación justamente laudatoria, la serie
de sus obras: de caracter religioso, tales como la iglesia de la
Concepción de Zaragoza; funerarias, como el panteon del maestro
Alonso y el del baron de La joyosa en Madrid; edificios públicos,
bancos, casas comerciales, viviendas particulares, etc., debien-
do especialmente señalar la reforma de la casa de la plaza de la
Independencia, para la Cámara de Comercio de Madrid, problema di-
fícil, resuelto con la corrección ~~y con el tiempo~~ que caracteriza
toda la obra de nuestro nuevo compañero.

Esta obra, por forzada brevedad sinteticamente recordada,
es la expresión de las cualidades y del modo de trabajar de Bra-
vo. Difícilmente se encontrarán en ella errores de concepto ó de
ejecución. Certestamente planteado el asunto a resolver; cuerda-

mente concebida la solución, se lleva a cabo con serena diligencia, resultando el todo, obra de equilibrio y de madurez y, por una fina sensibilidad alimentada, obra esmerada y emotiva. Su competente colaboración en el Gabinete Técnico de la Ciudad Universitaria es preciadísima en todos los aspectos, aliviando a su director de las cargas que supone empresa tan ardua y extensa.

El análisis crítico de la obra de Bravo arrojaría por partes, ponderamente repartidas, dominio de nuestra técnica, destreza en las distribuciones, excelente sentido en todos los recursos de la práctica de la construcción, juntamente con una gran energía imaginativa, quizás no apasionada ni tumultuosa, pero si mesurada, sin mengua de su personalidad, que se matiza con la finura y perfección de los detalles.

Tales condiciones que presiden la tarea diaria del proyectista y del constructor, son tambien las de su actividad como maestro. He aquí, la función docente, la suprema vocación de este arquitecto verdaderamente académico. Ingresó en nuestra enseñanza en 1921. Fui yo uno de los jueces de sus oposiciones, no teniendo otra cosa que hacer en aquel tribunal, sino confirmar lo que de alumno se prometía. La Escuela de Madrid adquirió así un valor didáctico de primer orden, pues el prestigio entre los colegas, el respeto de los discípulos y la consideración afectuosa de los compañeros de claustro, repiten diariamente lo acertado de aquella incorporación.

Una prueba de esa capacidad, nacida de vocación tan acusada, es el excelente discurso que acabais de escuchar; tema oportuno, propio de la recepción académica de un profesor de arquitectura. Estos asuntos acerca de la enseñanza del arte, son siempre adecuados y suenan bien en nuestra Academia, que no en vano fué creada, principalmente, para formación de artistas y que luego, hoy y siempre, reúne, en selectos grupos como el que me escucha, maestros de todas las artes, llegados aquí tanto por su obra como por

su doctrina y por su ejemplo.

En este discurso se apunta un interesante aspecto sobre el que importa insistir: me refiero al problema de nuestra enseñanza ante la llamada "nueva arquitectura". Es natural que "la enseñanza de los proyectos" constituya, en los momentos actuales, una grave preocupación y que un profesor celoso y prudente se vea obligado a manifestarla. Tal inquietud, tal legítima preocupación, no era conocida, ni tenía porque serlo, en los primeros tiempos académicos. Los felices directores y vicedirectores de entonces, encargados de restaurar la "verdadera arquitectura", nada tenían que imponer sino la razón de la preceptiva neoclásica con el juego de órdenes para resolver sus problemas espaciales y volumétricos. Esto no quiere decir que con tal disciplina la imaginación y la sensibilidad dejaran de estar presentes: ésta por el hecho mismo del goce estético en el simple conocimiento de los órdenes clásicos; aquélla por la libertad, menos limitada de lo que suele parecer, en la combinación de esos mismos órdenes.

En la era romántica y en casi todo el siglo XIX, los monumentos resucitados también proporcionaban nuevas formas y en sus adaptaciones solo mandaba la fidelidad a esas formas históricas. El estudio de los estilos era ya como una ciencia que exigía investigación y juicio crítico, sin gran dificultad docente para la Escuela de Arquitectura, recién emancipada de la Academia. Pero también aquí lo emotivo contaba, y en grado importante: la estimación, por sí mismas, de las bellezas de los estilos pasados y sus composiciones aplicadas a nuevas soluciones estructurales, exigía un buen componente de imaginación, con múltiples y variadas emociones estéticas, en el aprendiz de arquitecto.

Pero llegó el tiempo de las grandes conmociones sociales, de las transformaciones económicas y de los progresos técnicos que explican y justifican el que en esta misma Academia, en 1867, di

ga el crítico académico: "¡Por qué el arquitecto, ceñido solo a imitar monumentos de otras edades, ya muy distintas de las nuestras, no será también inventor, acomodando la inspiración del gusto dominante de la época a la naturaleza de sus exigencias y necesidades, y a las conveniencias sociales, etc., etc. (1). Aquí Caveda parece anhelar una nueva arquitectura, cuyo antecedente, como se vé, es viejo y ¡académico!.

~~Cada época, cada siglo, cada pueblo, dice el filósofo: "El arquitecto olvida que el arte, su arte, es siempre creación y no elección entre lo ya creado. Sobre esta alhita, la idea de que cabe elegir entre estilos, como se elige un sombrero en una sombreraría, supone un margen de libertad incompatible con la rigidez y la esencia misma del arte. Cada época tiene que tener un estilo congénito y nunca puede ser el de otra época, etc. (2). Como lo que Ortega y Gasset parece extrañar también la ausencia de una nueva arquitectura.~~

^{Desde entonces}
~~Entre estas circunstancias~~ y hasta hoy, se han ensayado nuevas formas arquitectónicas, impulsadas por aquella aspiración, ~~natural y plausible~~, de crear el estilo de nuestro tiempo, acuciada por toda clase de cambios en la vida de la sociedad y estimulada por la posibilidad de nuevas soluciones en virtud de nuevos sistemas constructivos. Formas efímeras unas, mas durables otras, pasajeras todas, de las que resultó permanente solo la buena intención. No es necesario recordar que la enseñanza de la arquitectura conservó, en expectativa, su método tradicional.

Pero hoy, la "nueva arquitectura" parece acercarse a un hecho ampliamente admitido. La fuerza, la insistencia y el creci-

(1).- CAVEDA: "Memorias para la historia de la Real Academia de San Fernando -Tomo II - Madrid 1867.

(2).- ~~ORTEGA Y GASSET: "Nuevas casas antiguas" - El Espectador~~
~~Tomo VII.~~

miento de los factores de renovación, han consolidado los primitivos intentos. Llámese esa arquitectura, según los principios ó los matices, "funcional", "racionalista", "constructivista" ú "órganica", ó simplemente "estructural" (último apelativo de Van der Rohe), ó lo que se quiera, nos hallamos ante una realidad todavía discutida, pero cada vez mas firme y aceptada.

Natural es que el problema pedagógico de la arquitectura adquiera en estos momentos gravedad de conflicto entre los criterios oficiales de la Escuela y las violentas sacudidas del exterior; y que la posición del profesor de proyectos, sometido a la disciplina de un plan y de un sistema colectivo, exprese esa preocupación con que nos alerta Bravo en su discurso, pues aquellas modalidades, divulgadas en copiosas publicaciones, son acogidas con entusiasmo por nuestra juventud escolar, amiga siempre de lo nuevo y, probablemente tambien, por encontrarlas mas adecuadas a su temperamento excesivamente seco e intelectualizado a costa del debido ardor imaginativo. Ciertó es que la Escuela no tiene estilo definido, ni puede tenerlo; su misión debe ser educadora, formativa de aptitudes y posibilidades. Tal el acertado sentido de la disciplina clásica de los primeros cursos. Además, el profesor de proyectos no debe tampoco imponer a estas alturas sus personales preferencias ni su gusto particular, sino que, como buen guía y en papel de orientador, dedicarse principalmente a despertar y estimular las cualidades creadoras del discípulo, pronto ya á actuar libremente. Por otro lado, la Escuela, según dice Bravo muy bien, no puede ser ajena, como no lo fué nunca, ni la Academia misma, a los movimientos y renovaciones de la arquitectura, aunque manteniendo siempre la máxima exigencia artística.

Afortunadamente las tendencias racionalistas se inclinan hoy a admitir una intervención sentimental ó emotiva mas humana, pero siempre con carácter de generalidad. Este su aspecto grega

rio, que el alumno no desestima, sino que, por el contrario lo acepta, con cómoda complacencia, supone también otra preocupación para el maestro, ya que como tal, no cuenta con el valor de aquella posible personalidad del discípulo y, como español, ve acercarse el peligro de que un día no se pudiera continuar la gloriosa historia de nuestra peculiar arquitectura.

Ante tales hechos y temores, conviene mantener una posición decisiva. ¿Cual?, se pregunta el maestro, inquieto y receloso.

En su discurso, el nuevo académico, nos recuerda con inteligente experiencia, lo que debe ser el difícil modo de dirigir esa enseñanza, meta de la carrera de arquitecto. Pues bien, creo que es en la acción del maestro, en su fuerza de sugestión y en su autoridad, donde puede encontrarse la debida garantía ante la crítica fase de una arquitectura, peligrosa para el discípulo, por su exclusivista racionalidad. Aquella acción docente consiste, como habeis oído, en la presencia rectora del maestro en todos los momentos del proceso creador, previamente ordenado, aunque la creación haya de ser, naturalmente, trabajo del alumno, el cual ha de poner en juego todas sus facultades espirituales, movilizar todos los saberes de la ciencia adquirida y hacer intervenir su carácter, su temperamento y hasta su vitalidad, para llegar a inventar las formas, tanto del espacio como de la materia que lo limita y organiza, expresándolas gráfica ó plásticamente, para después hacerlas vivir en la realidad.

La nueva arquitectura -tal ó cual, no importa el título- exige, ó ha exigido hasta ahora de su autor, maduro ó novicio, una exclusiva presión de intelecto y de memoria técnica, a costa de las demás facultades. Eso es ó era, su infortunio. Tal actitud ó disposición creadora es la que pudiera denominarse "actitud racionalista", decidida a alcanzar, únicamente, imágenes para satisfacer la material función humana objeto del problema; para lograr la estructura adecuada y para cumplir las demás con

diciones sociales y económicas impuestas por aquél. No puede negarse, claro es, cierto goce estético en la contemplación de las sorprendentes soluciones que la novísima construcción nos ofrece, como no puede negarse cierta especial belleza en las formas puras de la geometría.

Pero a nuestro alumno, enrolado en la "nueva arquitectura," hay que hacerle preferir otra actitud, aquella en la que las imágenes aparezcan y se desarrollen en una atmósfera de emotividad y cuyas raíces hayan de buscarse en lo mas profundo de su alma. Es decir, que al predominio de la lógica y del razonamiento, se imponga el de la sensibilidad, bastante disminuida quizás en la hora presente por una carga de matemática, cuya utilidad merece revisión.

Esta otra actitud es la que pudiera llamarse "actitud lírica". Creo que este concepto de "lírico", que en puridad solamente debe ser atribuido a la poesía -aparte la acepción que se relaciona con la música- puede ser aplicado tambien, con la debida indulgencia, a la arquitectura, si además de la función cumplida y la técnica lograda, ambas de modo estricto, se hace supremamente expresiva aquella energía creadora de índole estética. Bien entendido que, en este caso, el sistema formal resultante no sería tampoco, exclusivamente, la expresión de sentimientos íntimos, ya que la arquitectura no puede prescindir de un mínimo de objetivo util é interesado. Me refiero a la posibilidad de que las actividades mentales del alumno durante el proceso creador, es decir, que el planteamiento del problema, el cálculo de los elementos estáticos, la coordinación de los materiales y los mil detalles del desenvolvimiento constructivo, se muevan impulsados por un intenso anhelo de belleza, incluso con las clásicas preocupaciones de proporción, ritmo y armonía. Ello supondría, además, la exaltación de la individualidad y, por lo tanto, de la nacionalidad, que con tristeza vemos desva-

necerse en las uniformidades actuales.

Quedaría por considerar, pero no es del caso, como didácticamente puede mantenerse ese ingrediente lírico, a partir de la intuición poética del sujeto-discípulo, con la tensión necesaria y en armonía con las demás facultades, siempre bajo el estímulo y el celo vigilante del maestro, que ha de acompañar sus correcciones con fuertes dosis de afecto y esperanza. Sería interesante agregar, como ejemplos, que cantidad de "coeficiente lírico", de honda intimidad, se ofrece en las obras tipos de los grandes arquitectos de todos los tiempos y de todos los estilos.

El acercamiento a esa actitud es la que debe obligarse a adoptar al estudiante de proyectos, cuyas aptitudes naturales han sufrido antes, afortunadamente, una rigurosa comprobación y un perfecto desarrollo, del que los estilos históricos son, como ahora ocurre, base docente formativa, y de ellos los órdenes clásicos, eterna é insustituible disciplina educadora.

Dentro de pocos meses, contando con la voluntad divina, cesará mi larga vida de profesorado. Pascual Bravo, los maestros actuales y los que vengan mas jóvenes, continuarán la tarea de moldear nuevos arquitectos, seguramente con el criterio que acababa de apuntarse brevemente.

Quizás pasen las formas actuales de la "nueva arquitectura" y vengan otras, con otras esencias y modalidades. Pero nada habrá que temer, para los que aun creemos que la arquitectura es y será siempre una bella Arte, si a los arquitectos del futuro, se les educa en el convencimiento -y no sobra la insistencia- de que en el proceso imaginativo de sus obras, de sus proyectos es la fuerza del sentimiento la dominante, sin despreciar el pensamiento científico ni la precisión y la lógica de los resultados, cosas que no solo me parecen totalmente conciliables sino que su armónica fusión constituye la esencia misma de la ar-

quitectura.

Este "lirismo" es tambien académico, aunque por ahí se opine lo contrario. Nuestro nuevo compañero, podrá bien pronto comprobar que en nuestras juntas, todos los asuntos se tratan con la mas alta y pura intención artística. Del mismo modo el nuevo compañero, que sabe pintar, que modela, que graba y todo lo hace bien, será, por su temperamento, de artista, un buen colaborador en las nobles tareas corporativas. Yo le felicito cordialmente a su llegada a esta Casa; pero tambien me atrevo a felicitarar a la Academia por lo que le llega en esta solemne y dichosa ocasión.
